ME LO LLEVARÉ A LA SEPULTURA

— 2 —

Leandro Ávalos Blacha, Marcel Bénabou,
Horacio Castellanos Moya, Elena Gorokhova,
Carlos Grassa Toro, Gail Jones, Santiago Nazarian,
Edmundo Paz Soldán, Ernesto Semán,
Daniela Tarazona, Gonçalo M. Tavares.

MALBA

ME LO LLEVARÉ A LA SEPULTURA

Desde 2001, a través del departamento de Literatura, el museo MALBA lleva a cabo actividades orientadas al estudio y la difusión de la literatura contemporánea, así como a la recuperación de libros y autores del pasado a través de diversas acciones y en colaboración con editores, gestores independientes, bibliotecas y universidades.

Esta colección de historias responde a una convocatoria a escritores de diversas generaciones realizada en el marco de la exhibición *Memorias imborrables: Una mirada histórica sobre la Colección Videobrasil*, inaugurada el 25 de junio de este año, a partir de una consigna simple: evocar un acontecimiento histórico (de pequeña o gran envergadura) del que hayan sido protagonistas.

En cuanto a la extensión y la forma, los textos cubren entre una línea y una página y han sido publicados en idioma original, acompañados por una traducción al español, en los casos en que así lo requieran. Joe Brainard, el artista y escritor estadounidense que publicó en 1970 *I Remember*, un libro compuesto por una lista de recuerdos de su vida infantil y adulta, fue una de las referencias ineludibles para la consideración de esta colección de recuerdos. Asimismo el escritor francés Georges Perec, también simpatizante de los inventarios, quien hizo célebre esta forma literaria de recordar en su libro *Je me souviens*, de 1978. Después de él, fueron muchos los que recurrieron a esta forma breve de la autobiografía.

Las historias de *Me lo llevaré a la sepultura* son recuerdos privados, pero también políticos y sociales. Divididos en tres volúmenes, cubren un amplio arco temporal y geográfico, y hablan tanto de la crisis de los misiles soviéticos o la llegada a la presidencia de Evo Morales como de un atentado de ETA. Ordenados a partir de la fecha que los mismos recuerdos sugieren, estos no se circunscriben a una cultura o un período determinado, sino que varían en relevancia y pertinencia, como lo hacen nuestros propios recuerdos.

El presente es el segundo de una serie de tres volúmenes que componen la colección.

MALBA

— 7 —
MARCEL BÉNABOU
Francia

— 11 —
ELENA GOROKHOVA
Rusia

— 15 —
GAIL JONES
Australia

— 19 —
ERNESTO SEMÁN
Argentina

— 23 —
HORACIO CASTELLANOS MOYA
Honduras

—27 —
EDMUNDO PAZ SOLDÁN
Bolivia

— 31 —
GONÇALO M. TAVARES
Portugal

— 35 —
DANIELA TARAZONA
México

— 39 —
CARLOS GRASSA TORO
España

— 43 —
LEANDRO ÁVALOS BLACHA
Argentina

— 47 —
SANTIAGO NAZARIAN
Brasil

MARCEL BÉNABOU

Nació en Meknès, Marruecos, en 1939.
Se mudó a París en 1956 y vive allí desde entonces. Es profesor emérito de Historia Romana en la Universidad de París-Diderot.
Es secretario de OuLiPo, organización fundada por Raymond Queneau, al que ingresó en 1970 junto con su amigo el escritor Georges Perec.
Como demuestran los títulos de sus publicaciones (*¿Por qué no he escrito ninguno de mis libros?*, y *Tire este libro antes de que sea demasiado tarde*, entre otros), se ha interesado particularmente por los problemas asociados a la escritura y los usos del lenguaje. Dirigió durante veinte años el seminario Georges Perec organizadopor la Asociación Georges Perec y la Universidad París-Diderot.

Je me souviens des “événements”

La fin de mon enfance au Maroc, entre ma quatorzième et ma seizième année (pour être plus précis : de l’été 1953 à l’automne 1956) a été marquée d’une façon indélébile par ce qu’on appelait alors, dans les journaux français, « les événements ». On désignait ainsi, d’un terme qui se voulait neutre et sans relief, la longue crise qui devait finalement mener le pays du statut de protectorat français, auquel il était soumis depuis 1912, jusqu’à son indépendance.

Je me souviens de la lutte sourde menée par celui qu’on appelait le Sultan Sidi Mohamed ben Youssef contre les plus hautes autorités du protectorat, en particulier les généraux Juin et Guillaume, qui avaient successivement exercé, avec une particulière brutalité, les fonctions de résident général. Un épisode en particulier s’est incrusté dans ma mémoire, car il n’a cessé d’être pour moi une source de mauvaise conscience : dans la chaleur torride du mois d’août 1953, la destitution du Sultan et son exil, avec sa famille, en Corse d’abord, puis à Madagascar, dans la très lointaine ville d’Antsirabe.

J’étais alors à Rabat, en séjour de vacances chez une des sœurs de ma mère. Ce furent à coup sûr des vacances plutôt agitées. À peine dehors, quand on voulait bien me laisser sortir, je ne pouvais m’empêcher de voir partout les traces des désordres et des troubles qui s’amplifiaient de jour en jour : à quelques pas seulement de l’immeuble où habitait ma tante, le lent et long défilé, par centaines, peut-être par milliers, de cavaliers berbères qui semblaient sortis d’un vieil album d’imagerie coloniale: le burnous flottant, le canon du fusil pointant au-dessus du turban. Difficile aussi de ne pas me heurter aux rues barrées, aux carrefours bloqués par des chars, aux colonnes de légionnaires en patrouille, ainsi qu’aux titres alarmants qui s’étalaient à la une des journaux.

Pourquoi ces souvenirs ont-ils été pour moi, jusqu’à ce jour, la source d’une très persistante mauvaise conscience? C’est qu’à vrai dire je n’avais pas du tout mesuré l’importance de ces événements, et du retentissement qu’ils devaient avoir sur ma vie à venir. Car cet été-là, je l’avoue, la lecture fièvreuse des *Mille et une nuits* occupait infiniment plus mon esprit et mon imagination que la crise marocaine. Je n’étais évidemment pas conscient de la monumentale bévue historique qu’il y avait derrière la politique de répression violente qui sévissait alors contre le nationalisme marocain. Mais, sortant à peine des délices ininterrompues du conte oriental, je n’étais pas loin de voir dans toute cette agitation une impardonnable faute de goût.

Me acuerdo de los “acontecimientos”

El final de mi infancia en Marruecos, entre mis catorce y mis dieciséis años (para ser más preciso, del verano de 1953 al otoño de 1956), estuvo marcado de forma indeleble por lo que se llamaba entonces, en los periódicos franceses, “los acontecimientos”. Se designaba así, mediante un término que pretendía ser neutro y llano, a la larga crisis que finalmente conduciría al país desde el estatuto de protectorado francés, al cual estaba sometido desde 1912, hasta su independencia.

Me acuerdo de la sorda lucha que llevaba a cabo aquel a quien llamaban el sultán Sidi Mohamed ben Yusef contra las más altas autoridades del protectorado, en particular, los generales Juin y Guillaume, que sucesivamente habían ejercido, con especial brutalidad, las funciones de residente general. Un episodio específico ha quedado incrustado en mi memoria, pues no ha dejado de ser para mí fuente de mala conciencia: la destitución del sultán y su exilio, junto con su familia, primero en Córcega y luego en Madagascar, en la muy lejana ciudad de Antsirabe, en el tórrido calor del mes de agosto de 1953.

En ese entonces, yo estaba en Rabat, pasando mis vacaciones en casa de una de las hermanas de mi madre. Sin lugar a duda, fueron unas vacaciones bastante agitadas. Apenas me encontraba afuera, si es que accedían a dejarme salir, no podía evitar ver por doquier los rastros de los desmanes y disturbios que se iban amplificando día tras día: a escasos pasos del edificio donde vivía mi tía, el largo y lento desfile de cientos, quizás miles de jinetes bereberes que parecían salidos de un viejo álbum de imaginería colonial, albornoz al viento, con el cañón del fusil apuntando por encima del turbante. También era difícil no toparme con las calles cortadas, los cruces bloqueados por tanques, las columnas de legionarios en patrulla, ni con los alarmantes titulares que se desplegaban en las primeras planas de los diarios.

¿Por qué esos recuerdos habrán sido para mí, hasta este día, fuente de una muy persistente mala consciencia? Resulta que, a decir verdad, yo no había sopesado en absoluto la importancia de esos acontecimientos, ni la repercusión que tendrían en mi vida futura. Porque ese verano, confieso, la febril lectura de *Las mil y una noches* ocupaba mi mente y mi imaginación infinitamente más que la crisis marroquí. Por supuesto que no era consciente de la monumental metida de pata histórica que había detrás de la política de violenta represión que entonces fustigaba al nacionalismo marroquí. Pero, asomándome apenas de las delicias ininterrumpidas del cuento oriental, casi que veía en toda esta agitación una imperdonable falta de buen gusto.

ELENA GOROKHOVA

Nació en Leningrado, y a la edad de 24 años viajó
a los Estados Unidos acompañada de una valija de 20 kilos
para comenzar una nueva vida. Es autora de dos memorias,
A Mountain of Crumbs y *Russian Tattoo*.
Tiene un doctorado en Lengua y actualmente vive y trabaja
como docente en la ciudad de Nueva Jersey.

The Choice

Our third grade teacher is bony and tall, a brown cardigan trailing from her shoulders, stiff as a clothes hanger. She teaches arithmetic and Soviet history, but today she is adamant about America. From a grainy film featuring mushroom clouds we learn that nuclear missiles are pointed from across the ocean at our Leningrad school #241. "Any second," hisses our teacher, brandishing mimeographed pages with pictures of gas masks and space suits that silence all forty of us, even the hooligans in the back. "The only place you can hide is underground," she decrees and dismisses the class.

I run home and yell to my mother that an American nuclear bomb is headed for my school only two blocks away. "Where can we hide?" I demand, counting the seconds until the explosion. "In the cellar," my mother says, as if she didn't know that the cellar is the home of Grishka, who shovels raw garbage dropped from each apartment through chutes. He is gnome-like and scary, with gnarled fingers, a wilted red potato nose, and black stubble sprouting through his cheeks. On rare occasions he climbs the cement steps and crouches on the ledge to smoke a hand-rolled cigarette, always with his back to the sun. His smell of garbage hangs in the air long after he is gone. I know he sleeps in the cellar, somewhere in a nook he cleared of potato peels and fish skeletons in his underground sea of decomposing trash.

The nuclear alarm may wail at any moment, so I have to think fast: the rotting detritus or the American bomb? I would rather die than voluntarily wade into the refuse of the cellar, into Grishka's soiled cave. So I throw my arms around my mother's waist, press my face into her dress with a red apple print, and wait for the annihilation.

La elección

Nuestra maestra de tercer grado es alta y huesuda y lleva puesto un cárdigan marrón que le cuelga de los hombros rígidos como una percha. Enseña matemática e historia soviética, pero hoy está obsesionada con América. A través de una película granulada donde aparecen nubes en forma de hongos, nos enteramos de que desde el otro lado del océano hay misiles nucleares apuntando a nuestra escuela Nº241 en Leningrado. Esgrimiendo hojas mimeografiadas con fotos de máscaras de gas y trajes espaciales que dejan mudos a los cuarenta alumnos, incluyendo a los revoltosos del fondo, nos dice entre dientes: "Es inminente" y da por concluida la clase decretando: "El único lugar donde pueden refugiarse es bajo tierra".

Corro a mi casa y gritando le anuncio a mi madre que hay una bomba nuclear americana dirigiéndose a mi escuela que queda a solo dos cuadras. "¿Dónde podemos ocultarnos?", le pregunto mientras cuento los segundos hasta la explosión. "En el sótano", dice mi madre, como si no supiera que el sótano es donde vive Grishka, el que junta a paladas la basura que tira cada departamento por los incineradores. Tiene aspecto de gnomo y asusta con esos dedos retorcidos y la nariz colorada en forma de papa gastada y los pelos negros que crecen en sus mejillas. En algunas ocasiones sube las escaleras de cemento para fumar un cigarrillo que él mismo prepara, siempre agazapado y de espaldas al sol. El olor a basura queda impregnado mucho tiempo después de haberse ido. Sé que duerme en el sótano, en ese mar subterráneo de basura en descomposición, en algún recoveco libre de cáscaras de papa y espinas de pescado.

La alarma nuclear puede sonar en cualquier momento, así que debo pensar con rapidez: ¿los residuos en descomposición o la bomba americana? Prefiero la muerte antes de entrar voluntariamente a la cueva mugrienta de Grishka entre los desechos del sótano. Así que rodeo la cintura de mi madre con los brazos y hundiendo mi cara, en su vestido impreso con manzanas rojas, aguardo la aniquilación.

GAIL JONES

Nació en la ciudad de Harvey en 1955.
Es escritora y docente. Es autora de las colecciones de cuentos *The House of Breathing* y *Fetish Lives* y de las novelas *Black Mirror*, *Sixty Lights*, *Dreams of Speaking*, *Sorry* y *Cinco campanas*, traducida al español en Buenos Aires en 2014.
Fue nominada al Premio Literario Internacional IMPAC de Dublín y al premio literario francés Prix Femina.
Sus libros han sido traducidos a nueve idiomas.

I remember Timor Leste in 1975, the time of interregnum. The Portuguese withdrew, FRETILIN briefly ruled, then Indonesia invaded and the long sorrowing time began. I remember the slow jolting truck-ride from Bacau to Dili, the songs and the rifles, the bodies of boys and young men, all tensile for new histories. I remember the taste of Arabica coffee and bitter-sweet tamarind.

I remember the sprays of spat betel nut from mouths rich with Tetum and Portuguese —so like flowers—, I remember, so like fresh human blood, so suddenly a scarlet premonition…

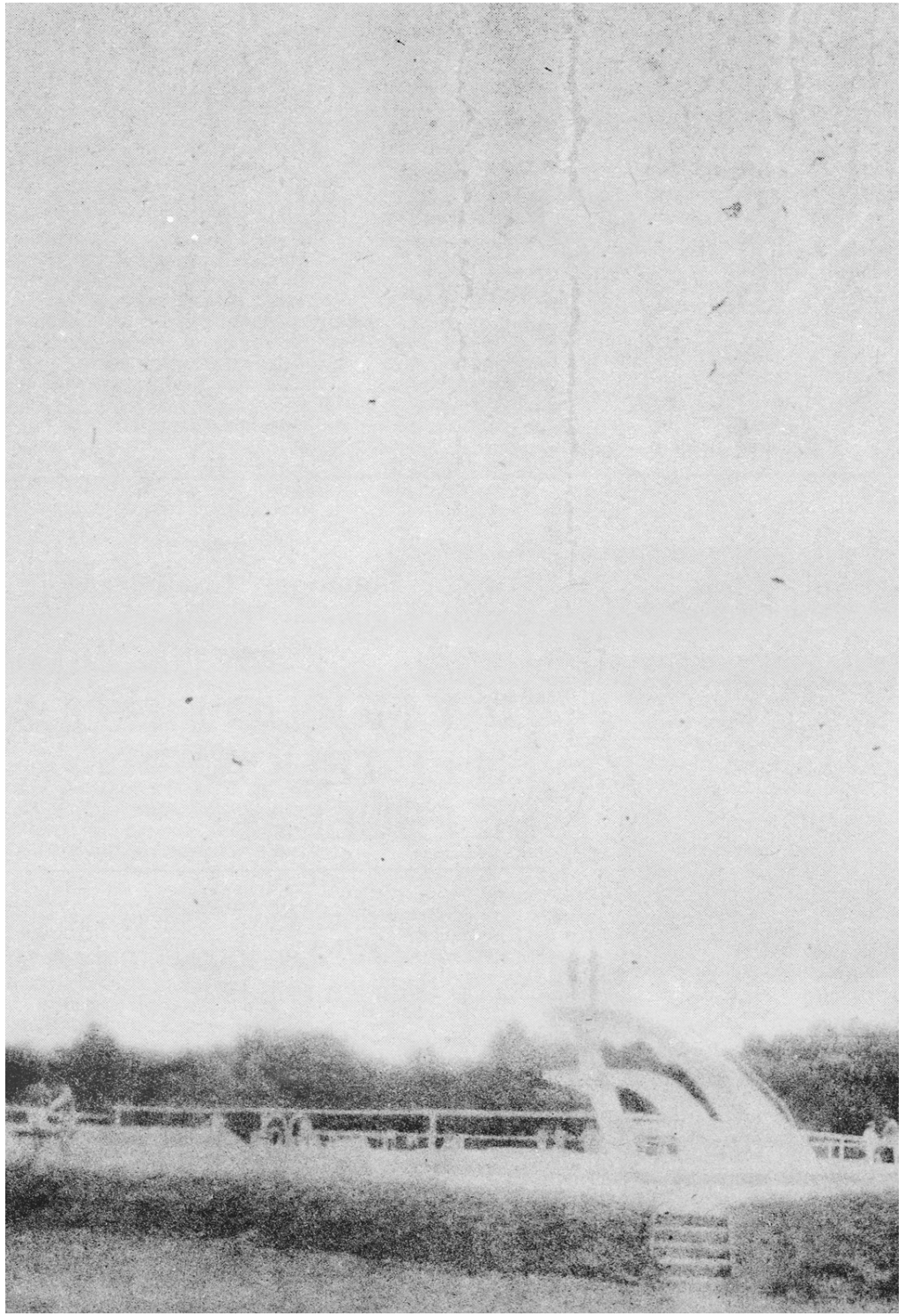
Recuerdo Timor Leste en 1975, en los tiempos del interregno. Los portugueses se retiraron, el FRETILIN gobernó un breve período, luego invadió Indonesia y comenzó así el largo período de sufrimiento. Recuerdo el lento recorrido y el traqueteo del camión de Bacau hacia Dili, las canciones y los rifles, los cuerpos de los chicos y los muchachos, todos urgidos de nuevas historias. Recuerdo el sabor del café Arabica y el amargo dulzor del tamarindo.

Recuerdo los aromas de nuez de areca de bocas abundantes en tetun y portugués; como si fueran flores, recuerdo, como si fuera sangre fresca, repentinamente, una premonición escarlata…

N. del T.: Timor Leste u Oriental es un país del sudeste asiático que fue colonizado por la corona portuguesa; se independizó de Portugal en 1975, pero al poco tiempo fue invadido por Indonesia, su país vecino. Finalmente logró su independencia definitiva en 1999.
FRETILIN: Frente Revolucionario de Timor Leste Independiente.
Tetun: Idioma oficial de Timor Oriental junto con el portugués, junto con el portugués.

ERNESTO SEMÁN

Nació en 1969. En la actualidad vive en EE.UU.,
donde se encuentra terminando su doctorado sobre Historia
Latinoamericana en la Universidad de Nueva York.
Su trabajo abarca obras de ficción, historia y política.
Publicó las novelas *La última cena de José Stalin*, *Todo lo sólido*
y *Soy un bravo piloto de la nueva China*.
Es el autor del guión de la instalación del grupo
Buenos Aires Sonora "Mayo. Los sonidos de la Plaza".



Me acuerdo que mi padre me pasó a buscar a la tarde por la escuela y me llevó a tomar un submarino con un sacramento de jamón y queso. Me acuerdo que nos habíamos levantado temprano en "La casa de la Chinchurreta", donde no vivía nadie de forma permanente más que una perra, la Chinchurreta, que alguien alimentaba una vez al día. Me acuerdo del olor a pis de perro y la cara de mi padre, su voz, diciéndome que había muerto Mao Tse-Tung. Me acuerdo que era viernes. Mao murió ayer. Se murió Mao. Ayer. O anoche. Me acuerdo que en el café me contó que Martín Miguel de Güemes, que había muerto mucho antes, había sido el primer guerrillero de América Latina. Me acuerdo de la capa azucarada de los sacramentos. Me acuerdo de rutinas que en verdad sucedieron una sola vez. Me acuerdo del frío que hacía en Mar del Plata y del sobretodo que llevaba él. Y de la mano. Me acuerdo de mi hija riéndose con la batalla de legos entre la flota del Papa y la flota de Stalin. Me acuerdo de mi hija preguntando dónde está la flota de Stalin. Me acuerdo que no lloraba. Me acuerdo de mi padre llevándome de la mano por una calle que bajaba hacia el centro mientras recitaba: "Cultivo una rosa blanca/ en julio como en enero/ para el amigo sincero/ que me da su mano franca. Y para el cruel que me arranca/ el corazón con que vivo/ cardo ni ortiga cultivo/ cultivo una rosa blanca". Me acuerdo de decirle a mi hija, desde la otra pieza, "no hija, hay que aprender a dormirse solo".

HORACIO CASTELLANOS MOYA

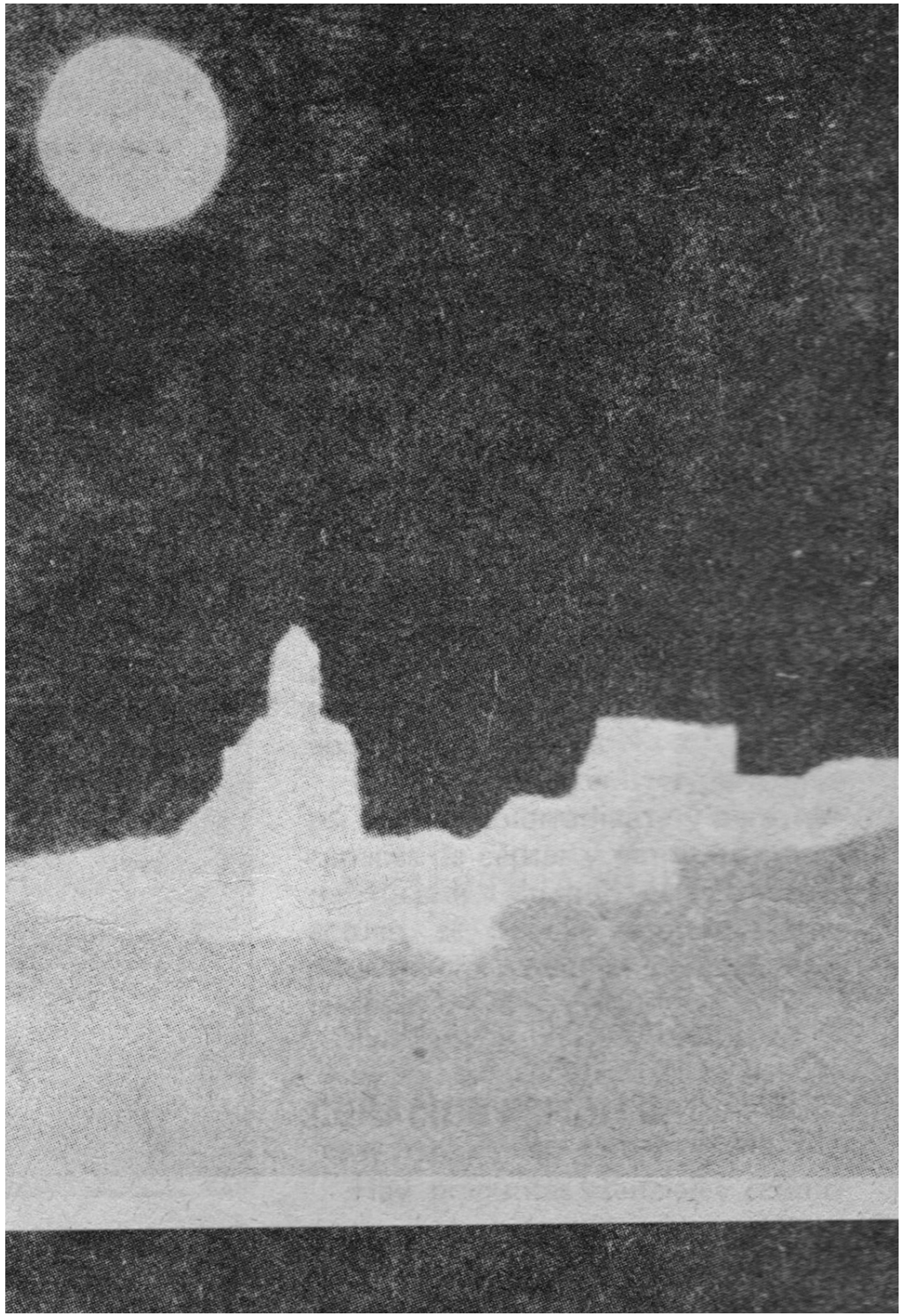
Nació en Tegucigalpa en 1957.
Criado en El Salvador, ha vivido en Ciudad de México y otras ciudades
hispanoamericanas. De 2004 a 2006 residió en Frankfurt,
como escritor invitado por la Feria Internacional del Libro.
También ha sido escritor invitado en la Universidad de Tokio, y actualmente,
imparte clases en la Universidad de Iowa.
Es autor de diez novelas, traducidas a diversos idiomas.

La ceremonia del atún

Es la ceremonia del atún. Sucede cada domingo, al mediodía, en la zona comercial de Sangenjaya, frente a la principal pescadería del barrio, a media calle, a esa hora cerrada al tráfico y abarrotada de compradores. Sobre una mesa de madera yace un atún de un metro y medio de largo. Docenas de vecinos nos aglutinamos alrededor. El pescadero, o como se le llame, empuña una larga sierra mecánica y comienza a cortarle la cabeza al pescado. Una ringlera de chiquillos de cinco, seis, siete años de edad, se turnan ordenadamente para coger el otro extremo de la sierra y participar en la faena. Los curiosos observamos en silencio. Cuando finalmente la cabeza del atún se desprende, los chiquillos lanzan vítores y sus padres y los vecinos aplaudimos. Enseguida, el pescadero raja a lo largo el pescado en cuatro grandes lonjas, cada una de las cuales entrega ceremoniosamente a una pescadera que lo asiste. Una vez terminado el corte, los chiquillos se vuelven a formar en fila y la pescadera les entrega un puchito de carne cruda que ellos mojan en un recipiente con salsa de soya y se llevan a la boca con la reverencia de quien comulga.

EDMUNDO PAZ SOLDÁN

Nació en Cochabamba en 1967.
En 1997 se doctoró en Literatura Hispanoamericana en la Universidad de California, Berkeley, y desde ese mismo año es profesor de Literatura Latinoamericana en la Universidad de Cornell. Es autor, entre otras, de las novelas *Río fugitivo, La materia del deseo, Sueños digitales, El delirio de Turing, Palacio Quemado, Los vivos y los muertos* y *Norte*; y de libros de cuentos como *Las máscaras de la nada, Desapariciones* y *Amores imperfectos*. Sus obras han sido traducidas a nueve idiomas, y ha sido galardonado con el premio Juan Rulfo por el cuento "Dochera" (1997) y con el Nacional de Novela en Bolivia (2002).
Ha recibido la beca de la Fundación Guggenheim (2006).



Me acuerdo que tenía once años y jugaba al fútbol en el patio de mi casa en Cochabamba. Me acuerdo que a veces jugaba solo y que a veces venían compañeros de curso. Me acuerdo que una vez rompí el vidrio de una ventana y mi mamá se enojó. Me acuerdo que quería ser futbolista profesional. Me acuerdo que con mis compañeros jugábamos con la radio encendida, escuchando música, y una vez interrumpieron la programación y pasamos a escuchar el himno de Bolivia. Me acuerdo que el locutor dijo que estaban en cadena nacional y que pronto se daría a conocer el nombre de la junta militar que gobernaría el país. Me acuerdo que seguimos jugando al fútbol. Me acuerdo que esa noche mis papás estaban preocupados y yo no sabía del todo el porqué. Me acuerdo que me dijeron que se acababan los años de "orden, paz y trabajo". Me acuerdo que el dictador Banzer era muy querido por mis papás y los papás de mis compañeros. Me acuerdo que luego hubo muchas interrupciones en la radio. Me acuerdo que también hubo interrupciones en mis programas favoritos en la televisión. Ponían el escudo nacional en la pantalla, escuchábamos el himno y luego pasábamos a cadena nacional y al discurso de los miembros de la junta militar y más tarde al juramento de los ministros del nuevo gabinete. Me acuerdo que mis papás especulaban sobre quiénes podrían ser los nuevos ministros y que a veces conocían a algunos. Me acuerdo que a veces las interrupciones eran para informar de que regía el toque de queda o el estado de sitio. Me acuerdo que uno de esos presidentes, Luis García Meza, se haría infame por ser jefe de una narcodictadura, pero caía bien al principio porque con él comenzó la televisión a colores en el país. Me acuerdo que yo seguí jugando al fútbol pero las cosas se fueron poniendo graves, y un tío militar se levantó contra García Meza, en compañía de otros militares, y todos terminaron en la cárcel y luego en el exilio. Me acuerdo que mi tío regresó a Bolivia de manera clandestina. Me acuerdo que otros militares decidieron seguir la senda de quienes se levantaron primero contra García Meza, y al poco tiempo el dictador cayó. Me acuerdo que tres o cuatro años después, mientras se le seguía un juicio de responsabilidades, él estaba todavía libre y lo vi en un asado y mi gesto patriótico fue no darle la mano cuando me la tendió. Me acuerdo que luego fue condenado a treinta años de cárcel.

GONÇALO M. TAVARES

Es portugués, nacido en Angola en 1970.
Publicó su primera obra en 2001, *Livro da dança*, a la que le siguieron novelas, libros de poesía, obras de teatro y pequeñas ficciones como *Historias falsas*; *Agua, perro, caballo, cabeza*, *Biblioteca, Breves notas sobre las conexiones*, *Jerusalén*, *Aprender a rezar en la era de la técnic*a y *Un viaje a la India.*
Su obra ha sido traducida a más de dieciséis idiomas.

Tempo

O tempo está inscrito na mão. E também nas coisas.

Esta não é a minha mão, mas tem na pele o tempo escrito.

Um dia, com doze anos talvez, quando regressava de um jogo de futebol parei com os meus amigos em redor de um enorme portão de uma escola secundária. Brincámos uns segundos a uma parvoíce qualquer e, de repente, um movimento de alguém desajeitado – ou de mim próprio, já não me recordo – fez com que o portão se fechasse rapidamente com o meu polegar da mão direita ainda lá dentro. Lembro-me de que corri para casa, que era bem perto dali, a gritar: está a doer, está a doer!

Passaram muitos anos e o dedo está bom, exactamente tão funcional ou desajeitado como todos os outros – um bocadinho mais feio, talvez, mas nada de especial; só se vê a diferença entre os dois polegares estando muito muito perto. –

Mas, sim, são diferentes os dois polegares, e mesmo que eu me esqueça do episódio do portão, o meu corpo levará sempre com ele esta recordação – uma memória-polegar. –

Tiempo

El tiempo está grabado en la mano. Y también en las cosas.

Esta no es mi mano, pero tiene en la piel el tiempo escrito.

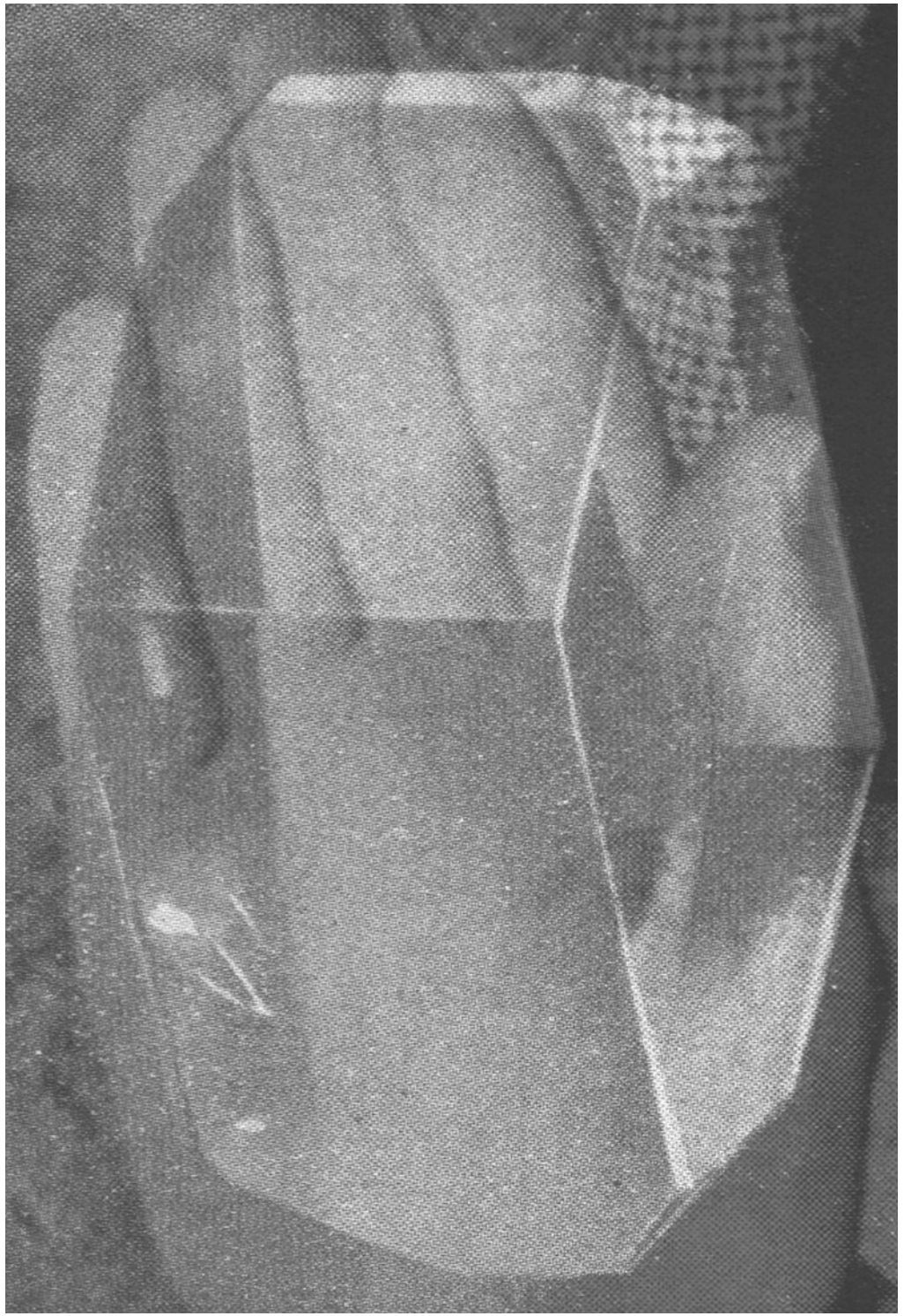
Un día, con doce años tal vez, cuando regresaba de un partido de fútbol me detuve con mis amigos alrededor de un enorme portón de un colegio secundario. Jugamos unos segundos a cualquier tontería y, de pronto, un movimiento torpe de alguien – o de mí mismo, ya no lo recuerdo – hizo que el portón se cerrara rápidamente con mi pulgar derecho aún adentro. Me acuerdo de que corrí a casa, que era muy cerca de allí, gritando: ¡me duele, me duele!

Pasaron muchos años y el dedo está bien, exactamente tan funcional o torpe como todos los demás –un poquito más feo, quizás, pero nada especial; solo se ve la diferencia entre los dos pulgares poniéndolos muy muy cerca. –

Pero, sí, son diferentes los dos pulgares, y aunque me olvide del episodio del portón, mi cuerpo llevará siempre con él este recuerdo –una memoria-pulgar.–

DANIELA TARAZONA

Nació en Ciudad de México en 1975.
Es autora del libro de ensayo *Clarice Lispector* y las novelas *El animal sobre la piedra* y *El beso de la liebre*.



Los dioses deben estar locos

Yo me acuerdo que íbamos por una carretera de California y vi miniaturas de botellas de Coca-Cola vacías, tiradas al margen. Eran del tamaño del pulgar de un adulto. Tenía ocho años y estaba sumamente asombrada. Mi padre me dijo que las botellas eran comunes y se veían así por un efecto del parabrisas curvado hacia los extremos –contrario al producido por una lupa–. Creo que condujo un tramo en reversa y entonces nos detuvimos a verlas. Bajé de la camioneta para darme cuenta que era cierto lo dicho por él.

La existencia de botellas diminutas permitía un mundo de pequeños habitantes. Que se desvaneciera esa posibilidad me entristeció, pero, sobre todo, fue doloroso aceptar que la realidad anulaba mi visión accidentada.

CARLOS GRASSA TORO

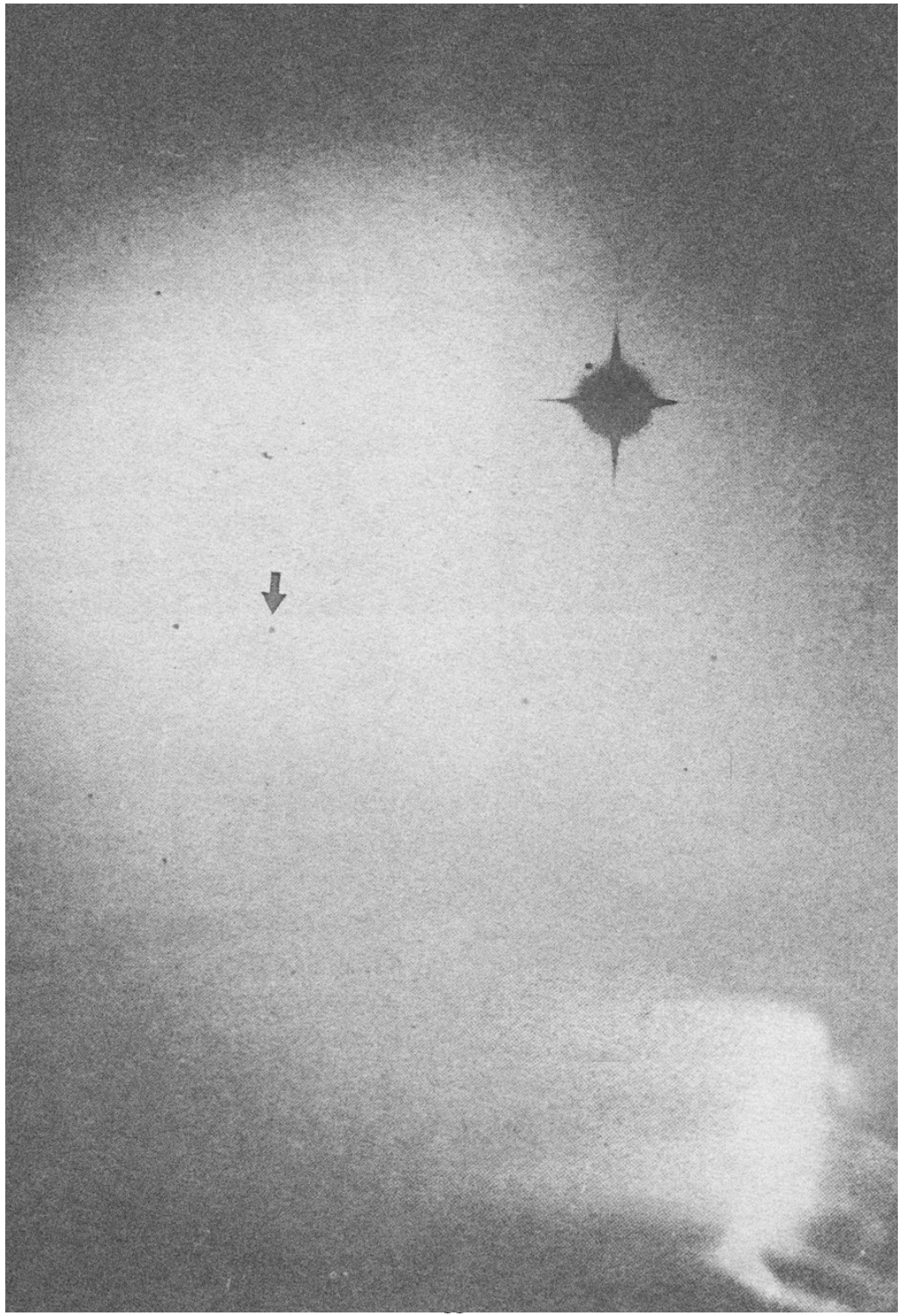
Nació en la Zaragoza europea en 1963.
Escribe teatro, ensayo, cuento, crónica, historieta, algún poema,
alguna canción. Los niños y los adultos leen libros suyos.
Vive en Chodes, España.

El ruido del silencio

Lo recuerdo viernes, el 11 de diciembre de 1987, viernes, fue una decisión de mi memoria, no fue la única, dormía en casa de mis padres, me cuesta distinguir si el ruido, el ya para siempre ruido, precedió a la conciencia de mis órganos, la onda me recorrió hacia fuera, del hígado hacia las uñas, la tierra se había movido, ya estaba en otro sitio, yo también, desperté con la piel cubierta por algunas hojas manchadas de versos y polvo y cientos de minúsculos cristales que se desprendieron de mi cuerpo en el salto mortal, perdí la conciencia durante siglos, esa forma de sobrevivir, me la devolvió mi madre, la encontré medio desnuda en la puerta de su dormitorio, quería gritar y no podía, ella, mamá cumplía un año de su nueva vida al otro lado del espejo, tenía que sacarla de allí a como fuera, en el pasillo del apartamento apareció Carlos, un tipo que se llama igual que yo, que nació el mismo día que yo, que fue a la escuela conmigo, vivía a tres cuadras, qué hacía en nuestra casa, de madrugada, me pidió que me cubriera con algo de ropa, que le acompañara ¿y mi madre? se queda con tu padre, volvemos ahora, en las escaleras del edifico los vecinos se asomaban mudos a las puertas, sobre algunos peldaños corrían gotitas de sangre, Carlos era fotógrafo, cruzamos la avenida vacía, la niebla del amanecer negaba cualquier realidad, tuvimos que pisar el hueco, el definitivo hueco donde minutos antes ¿por qué semejante silencio? es un atentado, dijo Carlos, o no dijo nada y lloró, éramos los primeros en llegar, pero no sabíamos a dónde, regresamos, mamá estaba vestida, hacía mucho frío, llamé a Pilar y Carmen, atravesaron la ciudad con la complicidad de un coche patrulla, la ciudad muerta de miedo, y ya estaban ahí, en el pasillo, como Carlos, y mamá, y papá, y yo, todos fuera del tiempo, besé a mis padres, me quedé solo, llegaron los primeros policías, me preguntaron si quería abandonar el edificio, pedí quedarme, por las ventanas rotas entraba un dolor desconocido, ETA había volado la casa cuartel de la Guardia Civil en Zaragoza, la radio añadía muertos a la lista, el agente me anunció por el citófono la visita de Julia, fue la única que autoricé, todo era hueco, mis vecinos me preguntaron si quería firmar una petición para restituir la pena de muerte, ¿ya había anochecido? les dije que no, Julia marchó, para siempre, llamaron mis hermanos, mamá había cenado, mi padre callaba, desde la sexta planta, asomado a mi infancia, empecé a no entender nada.

LEANDRO ÁVALOS BLACHA

Nació en Quilmes en 1980.
En 2007, ganó el certamen literario Indio Rico
con su novela *Berazachussetts*.
Los jurados que la premiaron fueron César Aira,
Daniel Link y Alan Pauls. También publicó *Serialismo*
y *Medianera*.



Me acuerdo del aula. Escuchamos ruidos afuera y nos acercamos a las ventanas. Alguien le advirtió a la maestra. Bajaron las persianas. Nos dijeron que no era para asustarse, aunque nos hacían sentir lo contrario. Llegamos a ver la gente caminando por Dardo Rocha. Parecía una multitud. También el aula, el patio, la maestra se veían gigantes. La gente volvió hacia el supermercado otros días. Pero para entonces ya sabíamos de los saqueos y repetíamos las palabras en el aire: austral, precios, hiperinflación.

SANTIAGO NAZARIAN

Nació en San Pablo en 1977.
Recibió en 2003 el Premio Fundación Conrado Wessel
de Literatura por su obra *Olívio*.
Ha publicado también las novelas *A morte sem nome*,
Feriado de mim mesmo, *Mastigando humanos* y diversos
cuentos en su país, Europa y América Latina.

Tremores do outro lado do mundo (2011)

Eu não entendo, eu leio os jornais, eu varro a rede, mas não há nada sobre o meu desespero...

Minha angústia não é histórica. Minha história é subjetiva. Seguindo meus próprios passos na areia, numa praia deserta, eu de certa forma dava adeus à minha juventude.

Fim do verão, eu avançava nos trinta anos, me despedindo de minha vida de garoto em Florianópolis, numa madrugada, caminhando. O mar logo ao lado de casa, o fim de uma oportunidade. A ilha era demais, mas não era o bastante, e eu sabia que tinha de voltar a São Paulo. Após um ano vivendo numa vila de pescadores, me preparava para encarar de frente a meia-idade.

Naquela madrugada, caminhei pela praia deixando sonhos e lágrimas para trás, incerto do que estava por vir. Naquele mesmo momento, do outro lado do mundo, doze horas à frente, outros sonhos desmoronavam. As ondas que recuavam de mim avançavam em tsunamis. O Japão era atingido por um terremoto de 8.9 na escala Richter. E eu não tinha nada com isso.

Temblores del otro lado del mundo (2011)

No lo entiendo, yo leo los diarios, barro la red, pero no hay nada sobre mi desesperación...

Mi angustia no es histórica. Mi historia es subjetiva. Siguiendo mis propios pasos en la arena, en una playa desierta, yo de cierta manera daba adiós a mi juventud.

Fin del verano, yo avanzaba en los treinta años, despidiéndome de mi vida de muchacho en Florianópolis, en una madrugada, caminando. El mar justo al lado de casa, el fin de una oportunidad. La isla era lo máximo, pero no era suficiente, y yo sabía que debía volver a San Pablo. Luego de un año viviendo en un pueblo de pescadores, me preparaba para enfrentarme a la mediana edad.

En aquella madrugada, caminé por la playa dejando sueños y lágrimas atrás, inseguro de lo que estaría por venir. En aquel mismo momento, del otro lado del mundo, doce horas adelante, otros sueños se desmoronaban. Las olas que reculaban de mí avanzaban en tsunamis. Un terremoto de 8.9 en la escala Richter azotaba a Japón. Y yo no tenía nada que ver con eso.

MALBA Fundación Costantini agradece a los autores
Leandro Ávalos Blacha, Marcel Bénabou, Horacio Castellanos Moya,
Gail Jones, Elena Gorokhova, Carlos Grassa Toro, Santiago Nazarian,
Edmundo Paz Soldán, Ernesto Semán, Daniela Tarazona
y Gonçalo M. Tavares por su generosa participación en este volumen.

EDICIÓN: Magdalena Arrupe

MALBA LITERATURA
Coordinadora: María Soledad Costantini
Programación: Magdalena Arrupe, Carla Scarpatti

TRADUCCIONES
Del francés: Agustina Blanco
Del portugués: Ivana Ruiz
Del inglés: Gail Jones -
Trad. MALBA, Elena Gorokhova -
Trad. Patricia Amos.

DISEÑO: Bruno Fernández
ILUSTRACIONES: Gustavo Eandi

©MALBA Fundación Costantini, 2015
Me lo llevaré a la sepultura, volumen 2, agosto 2015.

Reservados todos los derechos de esta edición.

De los textos: © Marcel Bénabou, 2015 © Elena Gorokhova, 2015
© Gail Jones, 2015 © Ernesto Semán, 2015 © Horacio Castellanos Moya, 2015
© Edmundo Paz Soldán, 2015 © Gonçalo M. Tavares, 2015
© Daniela Tarazona, 2015 © Carlos Grassa Toro, 2015
© Leandro Ávalos Blacha, 2015 © Santiago Nazarian, 2015

Fundación Costantini
Museo de Arte Latinoamericano
de Buenos Aires